



SE IMPRIME
Por la Imprenta HISPANO-URUGUAYA
CALLE DEL OLIMAR, 149
SALIENDO LOS DIAS
Mártes, Jueves y Sábados
POR LA TARDE

SUSCRICIÓN

Por un año \$ 10.00
Por seis meses 5.50
Por un mes 1.00
Número suelto 0.10
Número atrasado 0.20

EL CLAMOR PÚBLICO

DIRECCIÓN
Y ADMINISTRACIÓN) CALLE DEL OLIMAR, Núm. 149

PERIÓDICO INDEPENDIENTE

ADMINISTRADOR—SEBASTIÁN B. TORRES

Los remitidos que revistan interés público se publicarán gratuitamente, pagándose a razón de 15 pesos columna los de interés particular, y en ningún caso se devolverán los originales.

No se admitirá escrito alguno que no esté amoldado a los principios del programa y garantido en debida forma. La publicidad de un escrito no autoriza la exigencia gratuita del número.

ALMANAQUE

Domingo 27—San Juan, ap y evang.
Lunes 28—Los Santos Inocentes.
Martes 29—S. Tomás Cantuariense.
Sale el sol a las 4 y 51 y se pone a las 7 y 13

EL CLAMOR PÚBLICO

Inmigración

El cáncer que corre el corazón de la nacionalidad de estos países es el deseo, el ocio, la falta de brazos, y la inacción de los gobernantes a quienes tocaría remediar con leyes sábias, esta cruel enfermedad.

Es una mentira que aquí haya miseria, aquella miseria que tiene de brazos como en Europa en busca de trabajo que no puede hallar. Si entre nosotros hay pobreza, es aquella clase de pobreza hija de la ociosidad que cruzó los brazos por no trabajar.—Es porque el país hasta hace pocos años, no había conocido más que una sola clase de trabajos (los del pastoreo) y esos nunca podían bastar para hacer subsistir sino un número corto de individuos, pero ni en esa podían bastar para sostener una población como la República demanda hoy.

Sin aumento de pobladores, tan poco puede subsistir el comercio en la proporción tan numérica de individuos que se ocupan de él.

En los tiempos que estos países tuvieron mucho ganado y pocos comerciantes, era segun el decir de todos, tiempos más felices; y efectivamente fueron felices; por que todo el lucro que podía proporcionar la riqueza del país, se repartía entre pocos.

Pero hoy la república no puede ni debe contentarse con un serie de cosas tan estacionarias como el de entonces; porque debe mirar por un engrandecimiento, y esto engrandecimiento nunca se podría lograr por el sistema de pastoreo solamente; lo debe buscar en la creación de nuevas industrias, y mas que todo, se lo debe pedir a las entrañas de la tierra, explotándolas en la labranza primero, hasta hacerla producir lo que baste para lo que el mismo país puede consumir, y después para explotar los sobrantes en los países que lo precisan, y que por fortuna no distan mucho de este.

Hay pobreza porque hay muchos brazos que no conociendo ninguna clase de trabajo, están siempre dispuestos a vivir por los desórdenes que esta misma sociedad acostumbra promover, y no se diga que no se pueda hallar el secreto de prevenirlo; porque temiendo hallarla si se buscara, se temería tal vez acabar con las aspiraciones.—Aspiraciones, cuyos resultados son siempre favorecer unos pocos, con detrimento de muchos, y del país que a todos los sostiene.

Para salir pues, de este estado degradante de miseria voluntaria,

se hace preciso que los gobernantes, a quienes se han encomendado los destinos de todos, hagan un esfuerzo y aparten el obstáculo que se opone a la felicidad común.

Mientras no aparezca un genio resuelto que ponga en acción todos los recursos de que el país es susceptible por medio de aumento de brazos, se marchará a pasos agigantados hacia una dislocación general, la que si no hubiese obstáculos que la pudieren impedir, daría el funesto resultado de conducirlo al estado de ser primitivo, que todas las naciones han tenido antes de serlo.

Un genio de altura, de intuición, de energía, que haciendo abstracción de pequeñas consideraciones, formulase concesiones capaces de atraer brazos de cualquier parte que ellos quisieran venir, que promoviera empresas y diera el derecho de abrir esos canales que el país tiene en sus campañas, es lo único que hace falta.

Que se promueva el establecimiento de reyes que garantizan de un modo positivo la riqueza que esos mismos inmigrantes abran y adquieran en fuerza de su trabajo de las industrias que ellos traigan, y la miseria voluntaria desaparecerá paulatinamente.

Hasta ahora no ha habido un estímulo, una efectiva protección para atraer esas masas de pobladores que cada día vemos llegar y que después vemos desaparecer, juntos o por partes como las aves de paso en busca de otros países, donde saben sin que puedan dudarlo, que hallarán otro modo de ser diferente del que aquí se les describe.

SECCIÓN AMENA

El testo de los claveles

—El otro día, comiendo, oí al Príncipe de Asturias hablar de un cazador furtivo que os da mucho que hacer, y a quien no podeis atrapar; pero no fijé mi atención; ¿qué hay de esto, Santiago?

—Una cosa incomprendible, señor, y que nos tiene locos.

—A ver, hombre, di.

—Pues es el caso, señor, que ha caído más de dos y medio años por estos contornos un diablo, pues no puede ser otra cosa, cuyos diarios oímos, cuya huella vemos, sin que jamás podamos dar con él. V. M. sabe que nosotros tenemos jurisdicción, no sólo en esta posesión Real, sino que también en los términos de Alcorcón, Móstoles, Villaviciosa y Pozuelo; pues bien, en todos partes caiza ese diablo impunemente, desesperando y humillando a los curiosos hombres que estamos al servicio de V. M.

—¿Cómo es eso, Santiago, tú tan hábil, tan conocedor del terreno.

—Pues ahí verá V. M. Yo he servido en el ejército, nunca nadie me ha tenido que enseñarme mi obligación, y ahora un mono se burla de mí y de mis compañeros. No se pasan tres días sin que oigamos los tiros de su escopeta, o veamos las señales de su red de sus lazos, y por más que hemos redobrado nuestra vigilancia y organi-

zado batidas de día y de noche, ese mono se escapa de nuestras manos como una codorniz de entre una mila rota.

—Vaya, hombre.

—Sí, señor, y oíse extraño, lo más inaudito, es que no se limita aazar en las alueras, sino que penetra aquí, en la Real Casa de Campo.

—¡Hola, holal pues eso es grave.

—Si señor, aquí dentro y no dejáis tirarse con cabezas. La otra noche, el guarda Murvielro estuvo a punto de atraparle. Vigilabí el tercer cuartel oyó disparos, acudió, vió a un hombre que huía, le persiguió acorralándole junto a una tipa, pero al llegar a ésta le perdió de vista.

—¿Sílo la pare?

—No señor, se si lo por la reja de un vertedero, cuyos hierros encontramos falseados. Es un demonio.

II

—Pero gospachis quién sea?

—No sospechamos, tenemos casi la certeza, y Murvielro la ha confirmado en la noche de que hablo a V. M.

—¿Quién es, pues?

—No sé si V. M. habrá reparado en una casucha aislada que hay a la izquierda del camino de Alcorcón, entre el arrabal y las ventis.

—Creo que sí.

—Pues bien, hace dos o tres años la habitan una mujer a quien llaman Paca la viuda, y un hijo suyo, de nombre Valentín. Se dice que el marido de la Paca habrá sido contratista de provisión o cosa así, que se arruinó, muriéndose de tristeza, y que la viuda se vino a esa casucha, que es lo único que la queda y además una huerta tan grande como un píñuelo, en la ribera del Manzanares.

—¿Y suponeis que Valentín es el cazador?

—Sí señor.

—Pero ¿con qué fundamento?

—Con varios, Señor. La viuda y el hijo aparente tienen de que vivir. El cultiva la huerta que, a todo subir, producía mil reales al año; elle vende vino y aguardiente a la puerta de la casa, y estas cosas no dan para comer bien y andar bien vestidos.

—Contraría con otros medios.

—Ya lo creo, con todas las piezas de casa de dos leguas a la redonda, incluso las pertenecientes a V. M. He indagado, señor, y no hablo a tontas ni a locas. Valentín y su madre comen conejos, liebres y perdices, Valentín vende en los lavaderos y en el arrabal de San Isidro del Can po, perdiéndole, liebres y conejos, y no serán pocos los que entren en Madrid, porque tienen buenas relaciones con mataderos.

—Si eso es verdad los indicios son vehementes.

—Yo soy un hombre de bien y no me gusta desacreditar a nadie; pero el rastro no fija, señor. Me he quejado al Alcalde de Alcalá, y me ha dicho que no quiere ni puede proceder contra Valentín por sospechas más o menos fundadas; que le cojamos in fraganti y entonces será otra cosa.

—Y ha dicho muy bien. Lo más me te advierto yo. Nada de violencias. Cogedle, pero si es posible sin causarle daño. No obstante tu justo enojo, mi buen Santiago, me son simpáticos esa viuda y ese hijo que quizás

han conocido mejores tiempos. Los interlocutores del diálogo antecedente eran el rey de España, don Carlos IV, y Santiago Ramírez, guardia mayor de la real Casa de Campo. El débil y bondadoso monarca, huyendo del semillero de intrigas que habían brotado en el palacio de Madrid, una esposa ligera y un príncipe ambicioso y casi rebelde, gustaba de dar largos y solitarios paseos para distraerse o entregarse a sus melancolías pensamientos.

III

En aquella hermosa tarde de mayo y casi a la misma hora en que el Rey y el guardia departían tan familiarmente como han oido nuestros lectores, sentados a la puerta de la casa de que ya se ha hecho mención hablaban también Paca la viuda y su hijo, y por una coincidencia natural hablaban del mismo asunto.

La viuda tenía sesenta años; había sido muy agraciada pero a la sazón estaba envejecida. Vestía con decencia y sumo pudor.

Valentín era un arrogante mozo de 21 años, alto, esbelto, nervioso de ojos expresivos, de tez primitivamente blanca, pero curtida por la acción de aire y del sol. Sus correctas facciones tenían un sello de energía que armonizaba grandemente con la agilidad y su toro de sus movimientos. Su camisa y su traje de campo brillaban por su aseo.

La madre lucía calceta, el hijo limpiaba un azudón.

—Yo te agradezco lo que haces por mí, —decía la buena mujer mirando cariñosamente a su hijo, —pero mira, Valentín, siquieres darme gusto renuncia a esa maldita costumbre, porque no me atrevo a llamarte oficio. Tu padre fue un hombre de bien, y yo quiero que tú lo seas igualmente.

—Pues qué, ¿no lo soy porque mate unas miserables piezas de casa? ¿que van a morir de hambre por eso los holgazanes de los pueblos? ¿que importa nada al Rey que yo mate a los tunantes de sus guardias, que ciertamente no se mantienen de legumbres?

—Hijo, las malas acciones no deben servir de ejemplo. Tú te apoderas de lo ajeno...

—De eso habría mucho que hablar. Además no puedo consentir que pase V. ni sería, esté V. delicado, ha vivido de otro modo, y yo lo he visto V., si hubiéramos seguido como antes me quedó hueco; y eso no, mi madre díctame antes que todo.

—Sí, hijo mío, —replicó ésta sonriente, —pero lo justo es lo justo. Y luego, un poco de bienestar no compensa el eterno sobresalto en que vivo. La comilosa es mi agravante, el sueño no me alimenta; no vivo ni sostengo miéntras faltas de casa; y si te cogieran ¡que vergüenza, Valentín, no quiero pensar en ello!

—Madre...

—Hijo mío, atenle a mis ruegos, dame gusto buscar otro oficio. ¡No sé cuánto sufrir! Si noquieres trabajar, yo lo haré hasta donde lleguen mis fuerzas; escardaré, seré lavandera, haré cualquiera cosa, pero comamos con tranquilidad un pedazo de pan.

—¿Trabajar V.? ¡juancita mientras yo viva! —exclamó el joven dando un violento golpe en el suelo con el azudón que tenía en la mano.

—Y qué, crees que no trabajo? Supones que es menos cansada esta continua preocupación de mi espíritu, que los mis rudos que haces? Vamos, hijo mío, sé bueno, compícame, déjame quererte con tranquilidad.

—Pero, madre...

—Ya verás qué buena y alegre me pongo. ¿No comprendes que las cosas no pueden seguir así, que el mejor día te cogen, que hay cuarenta hombres que te acechan?

—¡Bastante caso hace de ellos! Son unos tipos miedosos. Lo que es por ese lado ya podrían estar años y años, y además, madre, si V., supiera cuánto me gusta cazar! Cuando me veo en el campo, con mi escopeta que no salta nunca, con mi perro Sultán que parece que adivina mis pensamientos, no me trozaría por el príncipe de Asturias.

(Continuará)

NOTICIAS GENERALES

CUADROS HORRIBLES — Después de haber hecho una lugubre estadística de la epidemia de fiebre amarilla y viruela, *La Voz del Pueblo* de Rio Janeiro denuncia que la gran mortalidad es debida principalmente a la indiferencia que allí se hace por la higiene. En rango seguido añade:

—Dirímos dos palabras respecto al establecimiento destinado a recibir a los atacados por la epidemia, y que como es sabido es el hospital San Sebastián, la única mara de la muerte, como lo llamó *O País*.

Colocado en el punto más insalubre de la ciudad, lo que nadie se atreve a poner en duda, ese hospital ha sido siempre destinado a recibir a los enfermos de la viruela y de la fiebre amarilla. Terminada una epidemia ese establecimiento es preparado para otra.

Noventa por ciento de los enfermos allí transportados dejan de existir. La condona a muerte es fatalmente señalada a los desdichados. No hacemos rotórica: la estadística habla doméstico y claro.

Un maestro amigo ha asistido allí a un horrible espectáculo.

El sepulturero alineaba los cadáveres, que eran muchos, depositados en un hueco adyacente al lugubre edificio y eran metidos en bolsas, que después de cosidas esperaban al carro que las conducían al cementerio.

Un dolor pestilencia exhibía aquella enorme miseria de carne putrefacta, que el día anterior se presentaba aún fuerte, vigorosa, llena de vida, y quizás de tanta esperanza. La mayor parte de esos cadáveres pertenecían a extranjeros. El sepulturero con la mano teñida de sangre, cantando:

Dentro, en la enfermería, amontonados, en los lechos, unos sobre otros, los enfermos oían los estertores de los agonizantes.

Como se ha realizado el trasporte de los atacados de fiebre amarilla, de Febrero a Setiembre de este año, es ya conocido. Muchos enfermos han fallecido durante el trayecto, encerrados en aquel carro monstruoso, tirados de pueras a la puerta del hospital en donde tranquilamente se verificaba la detención.

